AURORAS POLARES

En algún lugar de mi jaula tengo que encontrar la salida. -Es lo que se decía todos los días la protagonista de nuestra historia.

Era tarde, y las últimas luces del crepúsculo teñían la superficie del horizonte como si de un espejo se tratase. Clara adoraba sentarse en la roca más alta de la playa; era su favorita. Estaba lo suficientemente cerca de la orilla para dar testigo de todos los temporales, pero lo suficientemente lejos para no consumirse con el paso de las mareas.

Todas las tardes para terminar el día, Clara acudía puntual a su encuentro con la puesta de sol. Los colores que bailan sutilmente entre la gama del melocotón y el púrpura, los titileos del reflejo en el mar, el suave sonido de las olas en la arena al reposar, el suave mecer de la brisa que retorna a su hogar; ¡Qué paz!

Simplemente, perfecto.

No, no del todo. Aún no me puedo mover de aquí. -En realidad, lo que Clara quería decir es que aún no se atrevía a moverse de allí. Ya era una adulta y había visto como muchos de sus amigos habían emprendido el vuelo hacia la aventura. No eran pocas las veces que había acudido al puerto a despedirlos, viendo como desplegaban las velas y ponían rumbo a tierras lejanas.

Pero ella no. Ella siempre se quedaba cerca de puerto. Sí, es cierto que le encantaba surfear las olas y darse algún que otro chapuzón cuando soplaba sur, pero nunca había osado aventurarse más allá del cabo del indio. Siempre había un pero.

- *Pero… ¿Y si no consigo salir de la bahía?*

- *Pero… ¿Y si no logro alcanzar la corriente que me lleve a mi destino?*

- *Pero… pero… pero…*

Seguía sintiendo escalofríos al recordar aquella mañana en la que intentó navegar hacia lo desconocido. Seguía preguntándose cómo no vio venir la galerna.

Ella, que tantas veces había leído las mareas, que había olido las corrientes, que había sentido las rachas de viento en su piel, que había visto tormentas haciendo zozobrar barcos en los acantilados… todo ello, ¿De qué le sirvió?

Clara se encontraba anclada a tierra, cuando lo que de verdad anhelaba era surcar los mares del sur, descubrir nuevas y lejanas tierras, conversar con delfines y ballenas, grabar en su memoria otras puestas de sol. Y por encima de todo ello, se alzaba su mayor sueño: ver las auroras polares. Volver a la tierra de sus antepasados.

La jaula que retiene a Clara no posee ni barrotes ni cristal, mas es la peor prisión que nadie puede imaginar. Su propia mente.

A la mañana siguiente Clara se levantó temprano con la esperanza de que ningún vecino le hiciese el tercer grado al salir de casa. - *¿Qué tal los planes de viaje? - ¿Tienes pensado ya un destino? - Si aún no te has ido, ¿tienes planes de boda? – etc.*

Su plan no surtió el efecto deseado aunque, aquella mañana, Eolo tenía preparado para ella una sorpresa inesperada. Cuando digo Eolo, me refiero a su mejor amigo en este vasto mundo, la burda en la que Clara siempre había confiado para amarrar el barco de sus sentimientos.

Su fiel amigo traía noticias frescas y alentadoras; ese día comenzaba el otoño y, por lo que auguraban los partes meteorológicos, iba a ser el más cálido y afable de la última década.

Bastó con una sola mirada.

La pequeña chispa que ardía en el interior de Clara se fue avivando a cada instante. *¿Sería aquel era su momento?, ¿Podría salir más allá del cabo?* Fue en ese lapso de tres segundos, observando el brillo en los ojos verde esmeralda de Eolo, cuando sintió el estallido de su jaula. Ya no tenía límites.

Abrió sus alas y emprendió el largo camino hacia su destino. ¿Qué había de temer?

Al fin de al cabo,

era un albatros.

FIN